

EL DEFENSOR DEL OBRERO

UN OPORTUNO RECUERDO

La plegaria del Rey

Nada hemos querido decir de los graznidos que a cierta Prensa, de espíritu siempre hostil a todo lo piadoso, aunque sea muy lejano y muy pagado por ciertos católicos, produjo como homenaje de infierno, el hermoso discurso del Rey en la consagración verificada ante el monumento nacional en honor del Corazón de Jesús.

Se habló por ciertos periódicos de que aquello era una pastoral y un reto al maldito liberalismo, causa del desgoberno de España.

Con gran oportunidad, nuestro colega «El Universo» ha exhumado un recuerdo del inolvidable Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Madrid, con cuyo motivo se hizo en Palacio un acto parecido y se leyó una fórmula de consagración análoga.

Termina así su artículo el colega:

«La profesión, en la cual tomaron parte más de 100.000 hombres, llegó a Palacio.

En el salón del Trono quedó depositada la Custodia, siendo adorada por la Corte y por el Gobierno que PRESIDIA DON JOSÉ CANALEJAS Y MENDEZ y por el CONDE DE ROMANONES, que a la sazón era presidente del Congreso de los Diputados.

Inmediatamente se leyó la consagración de España a la Sagrada Eucaristía redactada en estos términos:

«Soberano Señor Sacramental, Rey de reyes y Señor de los que dominan: Ante vuestro augusto trono de gracia y misericordia se postra España entera, hija muy amada de vuestro Corazón. Somos vuestro pueblo. Reinad sobre nosotros. Que vuestro imperio dure siempre, por los siglos de los siglos. Amén.»

Acompañaron al señor Canalejas y al conde de Romanones en la adoración al Santísimo Sacramento, y permanecieron de

rodillas como el presidente, los demás ministros, que eran a la sazón don Manuel García Prieto, don Trinitario Ruiz Valarino, don Eduardo Cobián, el general Aznar, don Diego Arias de Miranda, don Demetrio Alonso Castriello, don Amós Salvador y don Rafael Gasset.

Y ahora decimos nosotros: Si el acto de consagración leído por Su Majestad en el cerro de los Angeles no es más que una renovación del que se leyó en Palacio hace ocho años ante el señor Canalejas, y en su texto, el que ahora escandaliza, no es más que una bella paráfrasis de aquel otro, ¿a que vienen tantos aspavientos y tantas titulares alarmantes?

¿O es que lo que se hizo siendo presidente del Consejo el Sr. Canalejas no ha de poder repetirse siéndolo el señor Maura?

Estudios Sociales

PARA LA MUJER CATÓLICA ESPAÑOLA

II

Como prometí en mi número anterior, voy a continuar mis escritos referentes a lo que me he propuesto dedicaros en los números que sean precisos para tratar con detenimiento y preferentemente lo que se refiere al «lujo».

Esta frase, sola de por sí, sugiere mucha materia para discutir y aclararla con imparcialidad por ser una de las más importantes en la vida moderna.

«El lujo» es una palabra que encierra más trascendencia de la que se le concede.

Yo lo juzgo como una peste que arrasa todo lo que coje, atropellando y socando todo cuanto toca de manera que no puede pintarse, porque supera a toda descripción.

Esto no quiere decir que mi pensamiento lleva la idea de obligar a la juventud que vista de una manera ridícula y excéntrica. Nada de eso; sino que creen en el vestir como en la hechura ciertos desaire, una discreción y una distinción adecuada a su clase.

Por desgracia va degenerando-

se el gusto, la gracia y esbeltez de la mujer con los actuales modernismos de tal manera, que lejos de parecer más lindas y simpáticas con cierta donosura, han conseguido crear en un sentido opuesto al que querían y debía ser. Y no me negaréis que hasta el colorido de tonos fuertes ha venido a ser el último figurín, cuando lo fino, delicado y primoroso han sido siempre en personas de buen gusto, los colores pálidos y distinguidos. Si a esto agregamos las hechuras, ante esto, señoras mías, os diré que desapareció el gusto, pues más bien parece irán a unir al «Harem» o a «Turquía» con sus tipos estrafalarios. ¿Y sabéis por qué?

Todas las cosas en la vida tienen su causa o idea, y como en la actualidad va cada vez marcándose el indiferentismo, desmoralizando las costumbres que llevan con gran marcada tendencia a lo que nunca la mujer si se diera cuenta, debería aceptar por las fatales consecuencias que encierran principalmente para ella, no ven o no quieren ver lo que fatalmente viene detrás de esta evolución de modas y costumbres: «el catolicismo estético, ético y económico».

Debemos estar alerta y prepararnos ante los acontecimientos que se avecinan, cuyo origen es francamente obra descubierta, masónica; se quiere a toda costa desmembrar la sociedad y quieren conseguirlo primero con la mujer para lograr sus fines.

No hace mucho tiempo tuve ocasión de que viniera a mis manos un librito de reciente impresión; me interesó tanto su lectura que me determiné a hacerlo llegar a mis hermanas algunas de sus conceptos salvadores, aunque perdieran mucho al llegar a vosotros por conducto tan pobre como el mío.

Comprendí lo esencial y provechoso que es emprender donada campaña en honor de la modestia y del pudor de la mujer.

De ahí que he empezado a exponerla con toda energía y constancia sin límites.

Cuando sepáis los consejos que daban «esos elementos del desdén» y que estampados vi en ese mencionado libro, compren-

deréis claramente la razón que me obliga a extenderme más en este punto del «lujo».

En el escrito de referencia se incita a hacer guerra a Dios, dejando las pasiones libres, viviendo cada uno a sus anchas en pleno estado salvaje, y como para todo esto los hombres solos no pueden, oíd lo que agregan y fijaos en ello bien:

«Dirigios principal a la conquista de la mujer; baluarte inexpugnable de la religión hasta ahora».

Desaparezca para siempre la mujer cristiana, la madre cristiana, la virgen cristiana.

Al efecto todos los medios serán buenos; todos modas, bailes, novelas, viajes, teatros, Predicad los derechos de la mujer libre; halagad su vanidad, su orgullo; desviad su corazón de los amores puros; de la familia; del hogar; de la Iglesia. Pervertidla esa es la palabra. Si lo conseguimos, abremos triunfado en toda regla; de lo contrario renacer de nuevo el fanatismo, como el fuego de los escombros mal apagados de un incendio.»

Después de esta aseveración no me resta más que dejarlo a vuestra meditación.

MINIMA.

EL COMUNISMO DEL SEÑOR JUAN

Fué allá por el año 1872 y el hecho, rigurosamente histórico, ocurrió en la Coruña.

El señor Juan—llamémosle así—era un furibundo republicano que ante el nuevo régimen se frotaba las manos de gusto. El pobre, no tenía más cultura social y política que la que le entraba por los oídos, aunque no llegaban las ideas al cerebro.

Para él la república, como para otros muchos entonces, y aun ahora, consistía en hacer cada uno lo que le viniese en ganas. El «pueblo» era el que mandaba, según el sentir de aquel bendito ciudadano, aunque en realidad seguía siendo tan borrego como antes.

El pobre señor Juan, además de «federal» se sentía comunista y creía que el comunismo era una de las «esencias» del republicanismo.